

LA INTENSIFICACIÓN ECONÓMICA Y LA INTEGRACIÓN DEL MODO PASTORIL DURANTE LA EDAD DEL BRONCE

por

R. J. Harrison*

Abstract: Themes of subsistence and hierarchy are central to understanding the Bronze Age, but how can they be linked together? Present debates on the transformation from stratified Copper Age societies to differentiated Bronze Age ones in Spain privileges data related to the economic base. This can be studied systematically by using a model of economic change (the "Policultivo Ganadero" or Secondary Products Revolution), and show how original subsistence barriers were overcome in two different ways. That in the Copper Age had a food producing base where dry farming of cereals predominated over livestock raising, where cattle and pigs were significant meat producers. This was enhanced by exchange networks of prestige goods. By the final phases of the Copper Age, stock raising and horse riding become more important, and from 2200-1900 BC a preference for a distinct subsistence strategy can be detected throughout "dry" Spain and Portugal. In the Bronze Age after 1900 BC, pastoralism was no longer subordinate everywhere to agriculture, and the circulation of primitive valuables declines, to be replaced by animals, or their secondary products. Only after 1000 BC do prestige goods of material culture again dominate the exchange cycles. From this time bronze metalwork shows how the North and West of the Peninsula were included in a southern periphery of the Atlantic bronze industries.

Key-words: Intensification. Economy. Pastoralism.

La transformación social de las sociedades estratificadas desde el Eneolítico hasta la Edad del Bronce se acompaña de una ampliación de las prácticas económicas. Los cambios suceden tanto en los grupos muy estratificados del sureste, como en los menos estructurados del centro y norte de la Península (Gilman y Thornes 1985; Harrison 1993). Podemos estudiar sistemáticamente estos cambios a través del modelo llamado la Revolución de Productos Secundarios (2PR). Este modelo integra los temas de subsistencia y jerarquía, por lo que nos lleva más lejos que los modelos evolucionistas y tecnocráticos que hasta ahora

* Dept. Classics & Archaeology, University of Bristol, 11 Woodland Rd. Bristol BS8 1TB England.

se han empleado.

El concepto de intensificación es la descripción de un proceso, donde se aumenta la producción de bienes y alimentos, para adquirir excedentes disponibles con fines políticos o sociales. Insisto, en que la intensificación económica es una realidad más vinculada al ejercicio de una opción, para manipular el orden social a largo plazo, que a los cambios económicos (Bender 1990; Ingold 1980, 1992; Monod 1975).

Con esta aclaración, podemos observar cuatro aspectos del modelo, que reconoce:

1º que los llamados cambios económicos son preferencias culturales

2º que el comportamiento humano no se dirige a mantener un balance entre los recursos y la población

3º que es un proceso que se repite muchas veces, en condiciones independientes de un ideal social o situación particular

4º y finalmente, según las observaciones etnográficas, que las sociedades organizadas por principios de parentesco, saben evitar la división del trabajo.

En términos generales, el modelo de intensificación económica indica como se superaron las limitaciones regionales con dos estrategias distintas, siguiendo un largo ciclo histórico.

En el Eneolítico hubo una base económica agrícola mezclada, en la que la carne de cerdo tuvo un papel primordial. Además, las grandes redes de intercambio de bienes de prestigio, llegaron a abarcar zonas muy lejanas.

La Edad del Bronce tiene también una base agrícola, pero con un componente ganadero más variado y móvil. Esto se ve en la menor proporción de cerdos en los rebaños, y la súbita importancia de los caballos. Las antiguas redes de intercambio desaparecen.

A partir de 1200 aC, se renueva el intercambio de bienes de prestigio, por medio del círculo del Bronce Atlántico en el norte y oeste, y más tarde, a través de los Campos de Urnas en el noreste.

Estas estrategias son fáciles de comprender a nivel general. Ayudan a los grupos pequeños, inmersos en economías de subsistencia, a controlar los riesgos que les amenazan. Para Sherratt (1981), el autor del modelo original hace trece años, la intensificación perfilaba tanto la movilidad como los productos secundarios, de lo que deduce el énfasis en los arados, carros, caballos e industria lechera. Otros, como Thomas (1986), apuntan los cambios en las relaciones sociales de producción. Primero, el linaje tiene las tierras en posesión común, pero más tarde se transforma el sistema de linajes y surge la familia como núcleo central, quedando las tierras en manos particulares. Se trata también de un cambio ideológico, donde las líneas de linajes, que debían sus derechos a los antepasados, ceden ante las familias extendidas, que se basan en las relaciones consanguíneas

entre los vivos. La familia reemplaza el linaje, y gana importancia porque se desarrolla como el centro de interés para el individuo y su hacienda.

Este tipo de sociedad puede modificarse profundamente con sus propios recursos. A menudo se divide y expulsa miembros que fundan nuevos núcleos de población. El modelo nos interesa porque relaciona los recursos esenciales para la sobrevivencia, con una suerte imprecisa. Es decir, consigue mitigar los factores amenazantes y imprevisibles que pueden acabar con las sociedades pequeñas.

En menor escala, tenemos que mirar las sociedades donde la casa es la unidad de producción económica y social. Hay que pensar en las formas de cooperación que rigen su producción y consumo. ¿Cómo puede hacerse?

Generalmente, los dos problemas básicos de subsistencia a estos niveles, son la extensión de tierra y la cantidad de mano de obra disponible. Todos los demás factores son secundarios. A este respecto, la Península Ibérica es como otras regiones de Europa occidental. Con contadas excepciones, la tierra era ilimitada, hasta el punto de que podemos hablar de tierras sobrantes y baldíos por todas partes. Pero en cambio faltaba la mano de obra, que es la clave, que limita la producción agrícola y ganadera; el punto débil que destaca a nivel familiar. Fue un problema constante. Jamás había mano de obra bastante. ¿Cómo garantizar la ayuda suficiente en época de parir el rebaño, o recoger la cosecha? ¿Qué hacer cuando llega una catástrofe como la peste, o la sequía, o el hambre e incluso los ataques de los enemigos? Así, podemos ver la necesidad de asegurar ayuda y cooperación, a cambio de la promesa de reciprocidad en el futuro cuando llegue la ocasión. Halstead (1989) apuntaba cuatro soluciones sistemáticas a la falta de mano de obra:

- el intercambio
- la diversidad
- la movilidad
- el almacenamiento

Es decir, que cada uno escoge, según sus motivos, la solución más adecuada. A la larga, todas permiten que algunas familias se hagan más ricas que otras, de forma que surgen marcadas diferencias.

La estrategia del Eneolítico era esencialmente el intercambio, pero en la Edad del Bronce se optó por la diversificación y la movilidad. En el Ege se adoptó en el segundo milenio la solución de almacenamiento, que se extendió a las sociedades del resto de Europa un milenio después. Cuando tienen éxito, y crece la producción de alimentos, aparecen posibilidades de integración regional, y se desarrollan algunas entidades políticas, como las del mundo Argárico. En el sureste de España se logró sin construir monumentos funerarios grandiosos, ni depósitos de metal, dos métodos corrientes en la Europa atlántica. Pero las

demás regiones de la Península seca no siguieron esta ruta. Consiguieron evitar las soluciones que llegaran a concentrar bienes y poder en manos de una minoría. ¿Cómo ocurrió?

Creo, que la contestación está en el elemento pastoril que se originó en las economías agrícolas. El ganado asegura contra muchos desastres imprevistos, proporcionando productos de intercambio (como productos lácteos, animales de tiro, o razas fecundas), invisibles en el archivo arqueológico. Además, resuelve las apremiantes carestías de mano de obra, porque el elemento pastoril es compatible con la agricultura sedentaria en toda Europa. La historia y la etnografía proporcionan muchos ejemplos (Khazanov 1984; Spooner 1973).

Vamos a mirar a la Península para ver algunos datos que confirman el crecimiento del elemento pastoril en el segundo milenio.

Una característica esencial del ganado es su flexibilidad para aumentar o decrecer el número de cabezas según las condiciones, lo que resulta muy conveniente. Es normal integrar el elemento pastoril en un sistema agrícola sedentario, que puede tomar diversas formas. Este tipo de pastoralismo está muy bien adaptado en la Península seca.

Los datos arqueológicos que disponemos son directos en la forma de huesos y plantas carbonizadas, e indirectos en la forma de los pólenes y modelos de reconstrucción ambiental.

Los datos faunísticos, en general, demuestran que en la Edad del Bronce hubo un ganado doméstico más diverso que en el Eneolítico, y que surgieron nuevas soluciones. Por ejemplo, en la alta montaña (El Castillo, Frías de Albarracín) dominaron los ovicápridos, vacas y caballos; en las llanuras y marismas de la Mancha (Azuer) se dió importancia a las vacas lecheras; y en el somontano del Moncayo (Moncín y Majaladares), además de las vacas lecheras y los ovicápridos, destacaron los caballos y una caza preferente de cervatillos y animales de piel fina (Harrison, Moreno López y Legge 1993). Estos son algunos ejemplos de la importancia del ganado y el valor de los productos secundarios. En adición, es obvio que los moradores explotaron un territorio mucho mayor que el área de captación económica señalada para los agricultores. El caballo permitía al jinete vigilar un territorio diez o veinte veces mayor, como demuestran los restos faunísticos de Moncín y Majaladares, potenciando realmente esta revolución de movilidad y vigilancia.

Los datos que definen el policultivo mediterráneo en la Edad del Bronce, a base de trigo, olivo y vid, están ausentes o son controvertidos, y con seguridad, este régimen no se estableció hasta la llegada de los fenicios. Los pólenes y restos carbonizados demuestran sólomente que el olivo y la uva son frutos nativos, recogidos, como otras tantas plantas silvestres, desde el cuarto milenio. También, los datos que apoyan el regadio prehistórico son escasos y ambiguos,

predominando por todas partes la agricultura de secano hasta fechas avanzadas. Por estas razones, no podemos ver una intensificación de producción agrícola generalizada, ni en los tipos de plantas domesticadas, ni en la tecnología utilizada en su cultivo. Los cultivos son, en su mayoría, los mismos que se encuentran en el resto de Europa occidental. Es decir, no hubo un policultivo mediterráneo hasta la época histórica.

Los mejores datos indirectos salen de los análisis de pólenes del suroeste, de las lagunas de Las Madres y El Acebrón en Huelva. Dentro de las cinco columnas, fechadas entre 4000 aC y el presente, las fases con bosques aparecen y desaparecen. La sucesión no es en absoluto natural. Se ha demostrado que los bosques de robles tuvieron un sotobosque abierto, con plantas asociadas al cultivo intermitente, al pastoreo, o al fuego controlado, mientras que el denso sotobosque que acompaña a los bosques de robles en su estado natural, está ausente. Por lo tanto, las fases y los cambios sucesivos entre ellas, sólo pueden interpretarse en un sistema de dehesas, donde el sotobosque quedó reducido intencionalmente por el fuego y el pastoreo, mientras que los árboles se conservaban para la leña y los frutos silvestres, es decir, haciendo una comparación con las dehesas modernas y los sistemas conocidos desde la Edad Media. La primera dehesa simple apareció en 2500 aC, y continuó hasta 1600 aC, seguida de una destrucción general del bosque. En el 500 aC volvieron las dehesas con robles que duraron 1700 años, hasta el 1200 AD. Hay una relación doble entre las dehesas simples y las economías domésticas incrustadas en sistemas de producción familiar y las que sufren manipulaciones más profundas y dinámicas, que pueden vincularse al desarrollo del urbanismo y la vida política de estados arcaicos (Stevenson y Harrison 1992).

Estos datos son importantes a nivel general. Primero, demuestran que hay una nueva técnica de explotación del bosque, en forma de las dehesas simples, fechada en el Eneolítico tardío, que prosperó durante la Edad del Bronce. Segundo, que el desarrollo de las dehesas está relacionado con la estrategia económica de diversificación y movilidad, que es característica del segundo milenio. Tercero, que la aparición de dehesas en la Edad del Bronce apoya el modelo de intensificación económica.

En general, todos estos datos directos e indirectos señalan un aumento de la importancia del ganado doméstico en el segundo milenio.

Finalmente, vamos a considerar los últimos comentarios etnográficos sobre el pastoralismo. Los estudios sobre las tribus del este de África (Robertshaw 1968), los Kurdos (Cribb 1991), y los Sudaneses (Bradley 1991) están de acuerdo en que el pastoralismo es un elemento plénamente integrado dentro de una economía agrícola. Todos los tipos de explotación aprovechan del capital pastoril y se organizan en formas parecidas. En el fondo, todos se asientan dentro

de la familia, como unidad de producción y administración. Las relaciones de parentesco permiten redes de apoyo recíproco. Son sistemas naturalmente inestables, donde cambia continuamente el número de cabezas de ganado y la demanda por la mano de obra. Hay ciclos rápidos de acumulación y decadencia en pocos años, que resultan condiciones favorables, porque los cambios permiten a los habitantes buscar una respuesta adecuada a la inseguridad y riesgos que dominan continuamente sus vidas.

¿Cuáles son estas condiciones? Hay tres evidentes: la escasez de habitantes en poblaciones muy pequeñas; la necesidad de dividirse para establecer nuevas familias independientes; y la abundancia de tierra donde la mano de obra es escasa.

Verdaderamente estos estudios etnográficos arrojan mucha luz sobre las posibilidades pastoriles de la Península. También, vamos a ver que satisfacen los criterios de reducir los riesgos señalados antes, con dimensiones sociales importantes. Un elemento pastoril produce excedentes para intercambiar; genera diversos productos de gran valor, como animales de tiro y caballos domesticados; da movilidad; y proporciona almacenamiento de alimentos en forma de animales vivos. Estas tácticas permiten que las familias controlen la distancia social entre comunidades, el espacio y el tiempo.

Todos los casos etnográficos señalan que este elemento ganadero engendra cierta independencia muy codiciada. Muchas poblaciones pastoriles evitan así el pago tributario, porque no disponen de bienes fijos que les coaccionen. La coerción es bastante difícil, por lo cual, la riqueza ganadera es una opción institucional que frena el dominio de algunas familias sobre las demás. Y finalmente, es un elemento económico que permite que las fases de expansión se desarrollen independientemente. Este último punto puede ayudarnos a entender el origen y dispersión de fenómenos culturales como el de Cogotas I.

CONCLUSION

El pastoralismo puede entenderse bien dentro del modelo de los productos secundarios. Es, obviamente, una selección cultural, arraigada en las realidades de subsistencia familiar, limitada por una agricultura de secano. En adición, es un modo de intensificación, porque puede producir excedentes con fines políticos o sociales. Y finalmente, el modelo de los productos secundarios explica en general los cambios estructurales observados entre el Eneolítico y la Edad del Bronce. Efectivamente, no es evolucionario, porque enfatiza los contextos sociales donde los habitantes buscaron alternativas a los sistemas de carácter clasista, que surgieron en el sureste. Así disponemos de un mecanismo para

comprender la expansión no sincronizada en la Península durante el segundo milenio, y algunas transformaciones en el Bronce Tardío y Final.

BIBLIOGRAFÍA

- BENDER, B. (1990). The dynamics of non-hierarchical societies. En S. Upham (ed.), *The Evolution of Political Systems*, 247-63. Cambridge: Cambridge University Press.
- BRADLEY, R. (1991). *Nomads in the Archaeological Record. Case Studies in the Northern Provinces of the Sudan*. Meroitica 13. Schriften zur altsudanischen Geschichte und Archäologie. Berlin: Akademie Verlag.
- CRIBB, R. (1991). *Nomads in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GILMAN, A. y J. B. THORNES (1985). *Land-Use and Prehistory in Southeast Spain*. The London Research Series in Geography, 8. London: George Allen & Unwin.
- HALSTEAD, P. (1989). The economy has a normal surplus: economic stability and social change among early farming communities of Thessaly, Greece. En: P. Halstead y J. O'Shea (eds). *Bad Year Economics*: 68-80. Cambridge: Cambridge University Press.
- HARRISON, R. J. (1993). The Bronze Age in northern and northeastern Spain 2000-800 BC. En: S. Stoddart y C. Mathers (eds.). *The Bronze Age in the Mediterranean*. Sheffield: University of Sheffield Press.
- HARRISON, R. J. ; G. MORENO LÓPEZ y A. J. LEGGE. (1993). *Moncín. Un poblado de la edad del Bronce en Aragón*. Serie Arqueología Aragonesa. Zaragoza: Cometa.
- INGOLD, T. (1980). *Hunters, Pastoralists and Ranchers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- INGOLD, T. (1992). Foraging for data. *Antiquity* 66 (252), 790-803.
- KHAZANOV, A. M. (1984). *Nomads and the Outside World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MONOD, T. (1975). Introduction. En *Pastoralism in Tropical Africa*, T. Monod (ed.) 1-183. London: International African Institute.
- ROBERTSHAW, P. (1989). The development of pastoralism in East Africa. En J. Clutton-Brock (ed.) *The Walking Larder. Patterns of Domestication, Pastoralism and Predation*, 207-14. London: Unwin Hyman
- SHERRATT, A. G. (1981). Plough and pastoralism: aspects of the Secondary Products Revolution. En I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.), *Patterns of the Past: Studies in Honour of David Clarke*, 261-305. Cambridge: Cambridge University Press.
- SPOONER, B. (1973). *The Cultural Ecology of Pastoral Nomads*. Reading, Mass: Addison-Wesley.
- STEVENSON, A. C. y R. J. HARRISON (1992). Ancient forests in Spain: a model for land-use and dry forest management in south-west Spain from 4000 BC to 1900 AD. *Proceedings of the Prehistoric Society* 58, 227-47.
- THOMAS, J. (1986). Relations of production and social change in the Neolithic of north-west Europe. *Man (N.S.)* 22, 405-30.